

DISCURSO-HOMENAJE A DON CLEMENTE PALENCIA

AGUSTÍN CONDE BAJÉN
Alcalde-Presidente
del Excmo. Ayuntamiento de Toledo

Ilmo. Presidente de la Diputación, Excmo. Director de la Real Academia de Bellas Artes, queridos amigos y amigas:

Es para mí un gran honor clausurar hoy este acto en conmemoración de una de las personas que más han hecho por esta ciudad: Don Clemente Palencia Flores.

Hace hoy algo más de dos años que el Pleno de este Ayuntamiento acordó unánimemente reconocer los méritos contraídos por Clemente Palencia, archivero municipal, poeta, escritor e investigador. En aquel entonces yo no era aún alcalde, pero como concejal de la Corporación entendí que este era uno de los reconocimientos más justos que este Ayuntamiento hacía a uno de sus hijos, por lo que todos los que allí estábamos votamos favorablemente la distinción.

Mis antecesores han apuntado detalles de la figura de este auténtico enamorado de la unión del arte y la historia, pero no puedo dejar de evocar sus vivencias pues en ellas se encuentra un nexo común: el amor por esta ciudad.

Resulta curioso que ayer mismo, dentro de los actos que se vienen desarrollando durante esta semana, dedicáramos una calle al universal escritor Miguel de Cervantes Saavedra, padre del Quijote y de la Ilustre Fregona, personajes cuya creación proceden sin duda de la inspiración que esta ciudad y su gente produjo en el genial escritor.

Hablaba del cautiverio sentimental que ejerce esta ciudad sobre

todos aquellos que la visitan. Admiración que se torna pasión en aquellos que vivimos aquí. Pasión que se trunca en devoción absoluta en los que como don Clemente dedican su vida a Toledo.

Aunque el archivero Palencia naciera en Lucillos, la sólida formación humanística adquirida en el Seminario de Toledo, y su estancia en esta ciudad durante esa época vital, —la primavera de la vida—, en la que los cuerpos y las mentes de los hombres adquieren su máximo esplendor y receptividad produjeron en el estudioso una férrea voluntad de servicio a esta ciudad.

Aquí fue, donde se acogió en esa gran familia de enamorados de esta ciudad, la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, para desarrollar una insigne tarea como investigador.

Fue en esta casa donde desde 1940 ejerció la noble tarea de buscar, recopilar, valorar y guardar documentos perdidos en el tiempo que han ayudado a que éste sea uno de los mejores archivos municipales que existen en España.

En esta casa, donde los versos de Jorge Manrique, uno de sus poetas favoritos, nos recuerdan a los representantes del pueblo la responsabilidad que debe gobernarnos cuando tomamos decisiones que afectan a la ciudad y a sus ciudadanos, fue donde don Clemente Palencia actuó de introductor de embajadores e hizo de asesor histórico de alcaldes.

Tampoco descuidó el ilustre académico la noble tarea de despedir en la última hora a otros destacados hijos de la ciudad, como lo hiciera en 1943 con el erudito toledano don Francisco de Borja San Román; el doce de diciembre de 1954 en la despedida de don Manuel Escrivá de Romaní, conde de Casal; y más tarde con otros artistas como Julio Pascual o Victorio Macho.

No quedó conmemoración que el erudito no glosara, festejo que no cantase, ni hecho histórico que no reflejara en su condición de Cronista Oficial de la Ciudad.

Cuando la modernidad del periódico se impuso en esta, nuestra

sociedad cambiante, también el profesor utilizó este vehículo comunicativo para divulgar sus amplios conocimientos a través de sus «efemérides» del diario YA.

Aunque nunca abandonase métodos y medios de comunicación más nobles y tradicionales como el libro, es en la revista Ayer y Hoy, de la que fue su director, donde don Clemente Palencia despliega lo mejor de sí mismo, destacándose como figura de primer orden en las diferentes facetas del arte de la escritura: críticas literarias, noticias de conferencias, relatos de acontecimientos, crónicas históricas, y todos los demás géneros surgidos de la nueva literatura que escondida bajo el nombre de periodismo florece en nuestros días.

Nunca olvidó don Clemente su principal tarea, aquella que sobre todo desarrollaba en estas casas consistoriales, de recolector de datos y curiosidades, glosando la vida de las personas más relevantes de esta, su ciudad, yendo desde Enrique Vera hasta el doctor Marañón.

Pero quizá donde mejor se pudo apreciar su amor por esta ciudad fue en su faceta más artística: la de poeta. De entre toda su obra, dedicada tanto a las cosas más insignificantes, pequeñas y puras (la rosa, el agua, el árbol), hasta los hombres más relevantes, trascendentes y sabios, como Garcilaso, Santa Teresa o el mismísimo Cristo Redentor, quisiera recordar en esta solemne ocasión unos versos dedicados a Toledo y al pintor más grande que tuvo la ciudad: el Greco, quien fuera otro de sus hijos adoptivos, uno de los más amantes y amados:

*«Alta ciudad de rocas milenarias
que juntaron la tierra con el cielo
y arrastraron con nubes en su vuelo
claveles y azucenas de plegarias.
A las sublimes cumbres planetarias
fuiste arrebatada desde el suelo,*

*letanías de flores y arroyuelos
suben a tus alturas solitarias.
Así el Greco trazó sobre este lienzo
la espaciosa bondad de tu paisaje
en torrente de luces desatadas.
Un Toledo sin fines ni comienzo,
—sueños de Apocalipsis y bosque—,
con las alas al Cielo desplegadas».*

Pero no todo fue solemnidad y trascendencia en la vida del investigador. Si por algo destacó don Clemente fue precisamente por hacer de su virtud una normalidad. Nunca le abandonó el carácter jovial ni el buen humor, características lejanas a la prepotencia de los relevantes de los tiempos que corren. Precisamente su carácter vital y optimista le hicieron afrontar los pequeños problemas de la vida con una sonrisa, como le ocurriera en aquella ocasión, cuando mandó imprimir unos versos recién escritos dedicados a la musa de Garcilaso, doña Isabel de Freire, y que algún maquinista impresor se los tornó por Isabel Preysler, quizá por estar más ilustrado en la llamada prensa del corazón que en la belleza literaria del corazón de Garcilaso. No obstante, don Clemente se tomó aquello no como afrenta, sino como lo que era, una anécdota que con buen talante y comprensión pudo arreglarse.

Este era el ánimo del erudito, prototipo de los hombres de Toledo que, a través de la historia, forjaron la leyenda de las tres culturas y de la ciudad de la tolerancia, refugio de hombres que olvidaron el dedo apuntador que señalaba la diferencia.

Fueron hombres como don Clemente Palencia los que hacen pervivir el espíritu de Toledo, hombres a los que debemos mirar y copiar, pues como dijera el novelista inglés *Aldous Huxley* «existe al menos un rincón del Universo que con toda seguridad puedes mejorar, y eres tú mismo».

Ese ánimo que presidía el proceder del erudito, no sólo en su

modo de vida sino como válido de la Imperial Toledo, debe perseverar en nuestro deambular vital, como a don Clemente, al que nada dolía más que ver unas antiguas piedras a punto de desmoronarse o un modernismo rompiendo la evocación de otros tiempos por un estúpido afán protagonístico.

Quisiera finalizar ya este pequeño homenaje verbal a don Clemente con unos versos que seguro sonarán en los oídos de los aquí presentes, pues fueron pronunciados por los académicos como grito unánime de dolor por la muerte del ilustre.

Así decían:

*«Doblar debían todas las campanas,
torre a torre, convento por convento,
y empapar de dolor y sentimiento
las callejas y plazas toledanas.*

*Cierren sus celosías las ventanas,
no se pierda ni el eco de su acento,
cada piedra se crezca en monumento,
lloren por él las tórtolas tempranas...*

*El surco de su afán se quedó abierto;
Toledo sabe que el poeta ha muerto.
¿Quién cantará los fastos toledanos?*

*Se nos fue un capitán de la poesía.
Si esculpiese su estatua, le pondría,
—como al Doncel—, un libro entre las manos.*